

El empuje del viento solamente.
 — ¿De dónde ha de venir?— Del cielo, Cebes.
 — Una palabra mas.— Tan solo anhelo,
 Que al fin el alma en paz suba hasta el cielo!

Y sus ojos cerró por vez postrera.
 Los dioses me han salvado de la vida!...
 Y un suspiro escapóse de sus labios.

Su cabeza cayó sobre su pecho,
 Como la débil flor que el aire inclina;
 Y cuando la mirada
 De la naciente aurora,
 Disipando las sombras que colora,
 Como faro encendido en lontananza,
 Vino á dorar su frente,
 Nos pareció que Venus con su duelo,
 Para llorar también sobre su tumba
 Descendía del cielo

En derredor del sabio, ni un suspiro
 Se escuchó que turbara su agonía.
 Si esto, morir se llama,
 Sócrates de este modo sucumbía!

Con efecto, así murió Sócrates.

«Todos aquellos, dice Jenofonte, su historiador y su discípulo, que conocieron á Sócrates, le lloran todavía, porque encontraban en él los auxilios mas poderosos para la investigación de la virtud. Yo le conocí perfectamente; le he pintado aquí tal como le vi: tan piadoso, que no se determinaba á emprender nada sin haber interrogado primero á su conciencia; á la que llamaba su genio, el aviso del cielo; tan justo que jamás hizo daño á nadie, si no que por el contrario, hacia bien á los que á él se acercaban; tan atemperado, que prefería siempre lo que era mas honesto á lo que era mas agradable; tan infalible en la prudencia, que nunca se equivocaba entre el bueno y el mal partido. Tal verdaderamente me ha parecido Sócrates, es decir, el mejor, y por lo tanto, el mas feliz de los mortales.»

XVI.

En cuanto á nosotros, admirando con Jenofonte la sabiduría del filósofo de Grecia, no po-

demo prescindir de preferir á él mil veces, á los sabios mas divinos de la India, de la China, y sobre todo, de la revelación cristiana.

La sabiduría de Sócrates, no es mas que inteligencia, y no amor solamente. Piensa bien, pero no tiene la suficiente abnegación. El sacrificio, complemento de toda virtud, y premio de toda verdad, falta en Sócrates, á pesar de su suplicio político y de ningún modo religioso. Es sabio, pero no es un mártir; se acomoda con las costumbres, con las creencias, y hasta con los vicios decentes de su época y de su país. Da consejos muy espirituales y muy hábiles de virtud á los que se los piden; pero también da vicios á los jóvenes y á las cortesanas. Cree en un Dios único, inteligencia y providencia de los mundos, y adora en público divinidades carnales y múltiples formadas á imagen del hombre. Muere bien, pero muere por él mismo, tanto como por la verdad. Su misma muerte es, una buena fortuna de su destino que acoge como hombre de soberana inteligencia. «Soy viejo, dice á Jenofonte, la hora de morir es oportuna.»

Sócrates revela poca ternura por el género humano, hasta por su mujer y sus hijos; siempre es mas hombre de talento que de abnegación hacia sus semejantes. Sus conversaciones, por sublimes que sean por el momento, atestiguan aquella falta de caridad divina en su naturaleza y en su sabiduría. Ríe algunas veces, se mofa muy á menudo y se chaceña siempre. La ironía, que ofende á la verdad misma, es la forma perpétua de sus diálogos; procede por medio de interrogaciones capciosas, como para obligar á su interlocutor á guardar silencio y á que se corte; camina de rodeo en rodeo ocultándole con arte el objeto á donde quiere conducirlo, y coge por fin á su antagonista por sus propias confesiones, como pudiera cazarse una verdad por medio de un lazo.

Es constantemente dado á los epilogos y casi nunca lírico.

De todo esto deducimos que Sócrates no fué ni el mas sabio, ni el mas virtuoso, ni el mas religioso de los filósofos de la antigüedad, sino que fué el mas espiritual y el mas amable de los hombres honrados de Atenas; que supo pensar bien, hablar bien, morir bien, pero que supo igualmente vivir bien, y que en una palabra, tuvo á nuestro juicio, demasiada prudencia en su sabiduría y demasiada habilidad en su virtud.

La caridad no había aun nacido en el mundo.
 Traducción de I. A. BERMEJO.

HORACIO NELSON.

PRIMERA PARTE.

I.

El héroe, cuya historia vamos á referir, es inglés; ha alcanzado las victorias navales mas memorables de los tiempos modernos sobre nuestros aliados y contra la Francia misma: no por esto tributaremos menor justicia á su intrepidez y á sus heroicas acciones. El historiador tiene patriotismo: esa historia universal no debe tenerlo. Precisamente porque es universal debe ser imparcial en la retribución del mérito y de la gloria que los hombres célebres de todas las naciones, se han adquirido al través de los siglos.

No hace escepción, ni de causa, ni de nacimiento, ni de patria, y contempla solo el genio, el heroísmo y la virtud: escrita en provecho y para gloria de la humanidad entera, considera como el engrandecimiento de la civilización todo lo que engrandece por do quiera la especie humana. Las rivalidades de patria desaparecen á sus ojos, desde la altura en que ella contempla los acontecimientos y los personajes. Aníbal, el héroe de Cartago, no le parece menos histórico, ni menos grande que Scipion, el héroe de Roma. Los dos son hombres y esto basta: los pinta con el mismo pincel, adopta con el mismo orgullo sus hazañas para admiración de los siglos. La gloria es como la verdad, no tiene fronteras: alumbrada sirviendo de fanal á todos, y porque Newton descubre en Inglaterra la ley mecánica de los mundos, no se condena la Francia á rechazar este descubrimiento como una verdad antinacional. Newton, á sus ojos no es un enemigo,

es un compatriota, es un revelado del género humano. Lo que es verdad, tratándose de un descubrimiento científico, lo es también cuando se trata del heroísmo: se le reconoce bajo todas las banderas, y se le pinta allí donde se encuentra. El amor propio, estrecho de nacionalidad, puede afligirse por ello; el grande amor de la especie humana se glorifica. Allí para la posteridad no hay ya ni compatriotas ni extranjeros, ni amigos ni enemigos, ni vencedores ni vencidos, no hay mas que obras y hazañas. La muerte nacionaliza de igual manera á todo el mundo en la misma inmortalidad.

Estas consideraciones sobre el objeto y el espíritu de este retrato, nos han parecido necesarias en los momentos en que vamos á pintar la vida de un enemigo que recuerda dolorosamente á nuestros corazones. *Aboukir* y *Trafalgar*, esos dos WATERLOOS de los mares, donde pereció la marina francesa, pero donde se engrandeció su constancia, su valor y su nombre.

II.

De todos los grandes hombres de guerra que han brillado en las luchas de pueblo á pueblo, los que mas nos han interesado y fascinado siempre, son los héroes del mar. La inmensidad, el poder, la movilidad, el terror del elemento sobre el cual combaten, parecen elevarlos por encima de la humanidad. No es esta una vana ilusión de la imaginación, es una apreciación justa de su gloria. La diversidad y la grandeza de las facultades naturales ó adquiridas que es preciso reunir en un mismo hombre para hacer de él un héroe en los mares, asusta el ánimo y hace imposible el paralelo del marino perfecto con el hombre de guerra ordinario.

Al uno solo es necesario cierta clase de heroísmo, el que desafia el fuego: pero el otro ha menester de dos: el que desafia la muerte y el que desafia los elementos. Pero el corazón, que basta al que combate en la tierra, no basta al que en los mares lucha: todas las cualidades de la inteligencia y del carácter son tan necesarias como el valor al jefe que gobierna la maniobra ó el fuego sobre el puente de un navío de guerra ó sobre el puente del navío almirante. La ciencia para leer su ruta en los astros; la vigilancia para preservar sus buques de los vientos y los escollos; el conocimiento y el manejo seguro y pronto del timón, que hacen mover como un instrumento esa máquina inmensa, casi animada, que se llama un navío de guerra; el ardor para volar al fuego á través de la tempestad, y á la muerte al través de otra muerte; la sangre fría para conservar el golpe de vista que envía ó para el golpe; el celo, que se exalta con la certidumbre de perecer, y que se arroja al foco del incendio y del plomo para quemar su propio puente bajo su planta, sacrificando su navío á la suerte de la escuadra; la autoridad del mandado que hace reconocer y respetar la salvación de todos en la voz de uno solo; la decisión que obra antes de deliberar con la seguridad é infalibilidad de un instinto; la obediencia que plega el sentimiento propio y muchas veces contrario á la ciega santidad del mando superior; la disciplina que vive de la justicia y que hiero aquello mismo que ella escusa, para mostrar á todos la igualdad de la regla; la serenidad del semblante en las angustias del corazón, para hacer leer la confianza á la mirada del jefe; la gracia varonil y digna del carácter, para conservar en la familiaridad de abordó ese prestigio que los generales de tierra conservan cuando temiéndose alejados, y que los generales de mar tienen que preservar frente á frente con las tripulaciones que las rodean á cada instante; audacia prudente de esas responsabilidades imprevistas que exigen una decisión propia, cuando se está á una gran distancia de su gobierno; responsabilidad, que concentran en una maniobra y en un hombre la suerte de un imperio; los desastres tan inesperados; las noches que separan los buques, las tempestades que los sumergen; los incendios que los devoran; las corrientes que los escallan, las calmas que los petrifican; los escollos que los destrozan; cosas todas que hay que prever, que reparar, que soportar con el estoicismo del hombre que lucha cuerpo á cuerpo con el destino, un puente estrecho y casi sin testigos por todo campo de batalla; una gloria ingrata que se conquista hora tras hora y que se pierde en un momento, que algunas veces no llega á oídos de la patria; una muerte lejos de lo que se ama; una sepultura en los abismos del Océano, arrojada á la costa cual un resto de naufragio, ¡tal es el hombre de mar! Cien peligros por una gloria, diez héroes

en un solo hombre... Tales fueron los grandes marinos de la Francia, de la España y de la Inglaterra. Tal fué Nelson el mas grande y el último de esos héroes del Océano, de esos titanes del mar.

II.

Horacio Nelson nació el 29 de setiembre de 1758 en una escuela del condado de Norfolk en Inglaterra, de la que era rector su padre. Su madre murió joven, dejando once hijos sin porvenir, sin fortuna y al cuidado del pobre cura del pueblo. El lejano parentesco de esta madre de familia con la casa ilustre de Walpole protegió á sus hijos. Uno de sus hermanos, capitán de navío en la marina real, vino á visitar los huérfanos de su hermana, y prometió su apoyo á sus sobrinos. Fueron educados por el padre en la medianía del campo en la dulce afecion que liga entre sí los miembros de una familia casi indigente. El rector era á la vez el padre y el maestro: la dulzura de sus lecciones las hizo penetrar tanto en el corazón como en la memoria de sus hijos.

Su salud se alteró por el exceso de sus trabajos y disgustos: se vió obligado á abandonar su menuda familia para ir á buscar en los baños minerales de Bath, el restablecimiento de una salud quebrantada. Durante su ausencia, el mayor de los hijos gobernaba la casa. La ternura recíproca y la docilidad de sus hermanos, hacían fácil esta empresa; el alma invisible del padre y de la madre, parecía que habitaban aun bajo aquel techo.

Un día durante la fiesta de Pascuas, estaba abierto un periódico en la mesa del comedor. El joven Horacio, que solo tenia entonces doce años, recorría con la vista sus columnas, leyó en ellas la promoción de su tío al grado de comandante del navío el *Raisable*, de sesenta y cuatro cañones. El destello de su vocación, hasta entonces indeciso, se reflejó en el niño: «Hermano, exclamó él arrojando sobre la mesa el periódico y dirigiéndose á William Nelson, el cual le llevaba algunos años; escribe pronto á nuestro padre y dile pida á mi tío Mauricio el favor de embarcarme con él.» William escribió. El padre que conocía el ardor y el alma de Horacio, su pasión precoz por el sosten y la gloria de su familia, no se sorprendió de esta decisión de su favorito. Se le había oído decir con frecuencia que aquel niño privilegiado llevaba en su seno los síntomas de grandes cosas, y que en cualquiera carrera á donde la Providencia lo lanzase, alcanzaria, según la expresión proverbial de los marinos, la cima del más. El padre, previendo un fin próximo y deseando dejar este hijo de menos á los azares de la suerte, escribió, pues, á su

hermano el capitán Mauricio Sokling, pidiendo el favor de admitir á bordo al niño Horacio.

«Como, respondió el tío admirado de aquella vocación heroica en una edad tan tierna y en un cuerpo tan débil, ¿es el pobre pequeño Horacio, el mas débil y el mas delicado de la familia, quien solicita entre todos los otros exponerse á las severidades del Océano? Mas ya que así lo quiere, que venga. ¡La primera vez que entremos en fuego, una bala de cañón podría tal vez ser su providencia, y encargarse para siempre de su destino!»

Pero la intrepidez del niño estaba en su alma, y no en sus músculos. Preguntó un día á su abuela qué cosa era el miedo, del que muchas veces oía hablar. Esplicáronsele. «Es singular, dijo con una naturalidad de valor que no sospechaba en sí; jamás habia comprendido lo que era esta impresión, porque no la he sentido jamás.»

IV.

Un marinero, de la confianza de su tío, vino á recoger el niño para llevarlo á bordo del *Raisable*, que estaba anclado á la desembocadura del río. El pequeño Horacio abandonó antes del amanecer el hogar paterno, arrancándose entre sollozos de los brazos de su hermano William y de sus hermanas. Su valor no era otra cosa que la exaltación de su alma, y se asociaba á la mas tierna sensibilidad: ternura para amar un corazón de muger. Solo violentando sus lágrimas llegó con los ojos secos al navío.

Su tío no estaba á bordo: el niño, desconocido y aislado como un extraño, permaneció todo el día así sobre el puente del buque sin que nadie le dirigiera la palabra. Recordó toda su vida estas horas de angustia y aquel recibimiento tan cruel para el corazón despedazado de un niño sobre la cubierta de un navío, pronto á surcar los mas lejanos mares. Aquel puente, sin embargo, debía ser un día su patria, su gloria y su tumba.

Horacio hizo dos campañas á bordo del *Raisable* y del *Triomphe*, otro navío mandado ámbien por su tío; pero habiendo sido desarmado este último despues de la guerra con España, Nelson se embarcó como voluntario á bordo de un buque de comercio que hacia un argo viage, y adquirió en aquella navegacion na libre y aventurera la audacia del marinero y la prudencia del mas consumado piloto. Su tío, á su regreso, le recibió nuevamente á bordo del navío el *Triomphe*, donde mandaba, anclado sobre el Tamesis, una escuela naval práctica para los jóvenes aspirantes de marina. Nelson se cansó bien pronto de la inmovilidad de un navío anclado; habia contraído ya la pasión y los hábitos del mar, y queria sondearlo

hasta en sus últimos misterios. Preparábase á la sazón una expedición al polo Norte, y Horacio obtuvo de su tío el permiso de ir como voluntario á ella. Montó á bordo del *Cheval de race*, uno de los buques de la expedición. Este, llegado á los últimos límites del Océano, navegable entonces, estuvo aprisionado durante largos meses por las nieves, espuesto á todas las estremidades que señalan siempre estas expediciones mortales para tantos aventureros.

Nelson luchó cuerpo á cuerpo con un oso que lo comprimía entre sus patas, y solo debió la vida á un camarada que de un certero disparo mató al animal cuando luchaba con su presa. «¿Por qué un joven de vuestra edad y de una debilidad corporal tan desproporcionada á los peligros que desafiáis, se espone en una lucha semejante?» le dijo el comandante castigándole por su temeridad. «Era por llevar á mi padre y á mis hermanas la piel de un oso:» respondió el guardia marina, para quien siempre estaba presente la imagen del hogar paterno.

Su salud se fortificó y sus miembros se desarrollaron en estas rudas pruebas del marino.

V.

Despues de un año inútilmente perdido en contemplar aquellos desiertos de hielo que la naturaleza opone á la navegacion en derredor del polo, la expedición volvió al mar libre, y Nelson colocado por su tío en el *Cheval de mer*, corbeta ligera de veinte cañones, bogó hácia el mar de las Indias: hizose notar allí, no obstante su estremada juventud, por su exactitud en el servicio, por su manejo hábil y seguro del buque y por su indiferencia á las iras de los elementos que habia aprendido á dominar desde su infancia. Atacado, empero, despues de dos años de estacion sobre aquellas férvidas costas de un desfallecimiento vital que parecia anunciarle el fin de su carrera al principio de sus años, su melancolía profunda le tentó á renunciar á su profesion. Su tristeza casi le hizo abrigar el pensamiento del suicidio.

«Una noche, dice él mismo, contemplaba desde cubierta el mar como una tumba hospitalaria, y casi estuve pronto á buscar en él el eternal reposo; porque no apercibía en torno mio ninguna probabilidad de alcanzar un día el objeto vago é inaccesible de mi ambicion; la gloria. Felizmente la Providencia, presentando á mi espíritu la imagen y la voz de mi padre y de mis hermanas, me iluminó una súbita luz que me detuvo al mismo tiempo; pensé que me debía á mi patria y á mi rey, y que ellos se encargarian, si era digno, de mi fortuna y de mi memoria. Renuncié á esa muerte de los dé-

biles, inútil á todos y á nosotros mismos. Bien, esclamé, muerte por muerte, elijo la que será útil é ilustre para mi país, seré un héroe y desafiaré todos los peligros, puesto que en el fondo de todos ellos no hallaré sino la muerte con la gloria y con la virtud además. Desde aquel momento, añade, me sentí sereno, fortalecido, consolado, y tuve como una revelación sobrenatural del destino que me esperaba.»

VI.

Volvió á Inglaterra para restablecer sus fuerzas: despues de un exámen brillantemente sufrido, fué ascendido al rango de segundo teniente de la marina real. Hizo la guerra de crucero y de corsario en los mares de la América contra los americanos independientes. Defendió la isla de Jamáica contra la escuadra y las tropas del almirante francés conde de Estaing.

Formó parte de las expediciones enviadas por los ingleses para apoderarse de la América española. Jugó su vida como aventurero que busca la gloria ó la muerte á la cabeza de muchos cuerpos poco numerosos de desembarco que intentaban el asalto de los fuertes ó de las costas. Bivaqueando un día en medio de los bosques del Perú, para dar tiempo al puñado de hombres que mandaba, de curar sus heridos y enterrar sus muertos, se durmió al pie de un árbol: una enorme serpiente se deslizó bajo su capote durante el sueño; se enroscó á su pierna, y le picó en el pie. Los contra-venenos indicados por los indios y el vigor de su naturaleza le salvaron, pero dejaron en su constitucion grandes sintomas del veneno mortal. Conducido moribundo á Europa por el almirante Cornwallis, que fué para él mas bien un padre que un jefe, fué á restablecerse durante algunos meses al campo en aquel hogar de su padre y sus hermanas, que su naciente reputacion comenzaba ya á ilustrar. Recibió á su regreso á Londres el mando de un bergantín de veinte y seis cañones para cruzar durante el invierno en el mar del Norte y para estudiar las cosas de la Dinamarca. Durante este corto crucero, entrevió la posibilidad de una de las empresas mas temerarias y siniestras de su vida: el incendio de Copenhague.

En la primavera el bergantín *Albermale* mandado por Nelson, recibió la orden de volver á América. Al aproximarse á las costas del Canadá, Nelson fué perseguido y rodeado por cuatro fragatas francesas, cuya presa iba á ser, pero prefiriendo la pérdida de su buque á la humillacion de rendirse, lanzó su bergantín á llenas velas sobre una mar muy baja donde las olas espumantes amenazaban destrozarlo á cada instante. Su destreza y su fortuna le bicie-

ron pasar aquella barra, á donde no podían acercarse las fragatas. Pasó algunos meses en Quebec. Presa de una ardiente pasion hácia una bella canadiense de una clase inferior á su rango, no vaciló en sacrificar su ambicion á su amor, abandonando el servicio para enlazarse á la que amaba, en los momentos en que la escuadra se daba á la vela para Europa. Sus oficiales, inquietos por su delirio, bajaron á tierra para arrancarlo del lado de su ídolo, y lo violentaron para conducirlo abordo. Pudo presentirse desde aquella época que el amor, esa ambicion insaciable de las almas tiernas, sería el escollo de su vida.

VII.

Nombrado para mandar el *Borée*, Nelson esparció mas y mas su nombre y su popularidad entre los marinos de su patria con las hazañas y presas que llevaron la consternacion á las costas de la América. La parte en aquellos despojos del Océano que tocaba á su tripulacion, no bajaba de cuatro millones cuando su buque entró en el Támesis.

El almirantazgo disputó largo tiempo esta parte de presa de guerra á los oficiales y marineros de Nelson; Nelson se dirigió al rey, que le colmó de elogios y de gracias, y triunfó así de la administracion de la marina. Sus campañas y sus triunfos habian borrado en su alma la impresion de su primer amor en el Canadá. Fué seducido por los encantos y las virtudes de una joven viuda de diez y nueve años, mistress Nisbet, y se casó con ella en 14 de marzo de 1787. Sus camaradas y sus rivales de la escuadra se adigian con aquel matrimonio, que parecia consagrar á la vida doméstica un joven á quien la patria, la guerra y la gloria reivindicaban ya como el héroe futuro de la Inglaterra. «Ayer, dice en su diario uno de estos oficiales, que fué luego su segundo al frente de las escuadras, la marina inglesa ha perdido una de sus mas grandes glorias con el matrimonio de Nelson. Es una pérdida nacional: sin sus amores, Nelson habria sido el mas gran marino de su patria.»

VIII.

Estos angurios no tardaron largo tiempo en aparecer falsos. Nelson, gozando con delicia la dicha doméstica, pero siempre pronto á interrumpirla ó á sacrificarla á su patria, condujo su nueva esposa á la casa de su padre. El anciano, débil ya y solo, vivia aun para gozar de las venturas y de las primeras glorias de su

hijo. «Mi pobre Horacio, le dijo abrazándole; tu presencia me da nueva vida; pero añadió empapando en su llanto los cabellos de Nelson, tal vez habria valido mas que yo no hubiese gozado este momento tan delicioso para mí, si pronto me he de ver privado de ti por la muerte! Mi edad y mis achaques aumentan cada dia y no me queda largo tiempo para enorgullecerme de ti.»

La estancia de Nelson y de su esposa en la casa paterna, le devolvió todas las reminiscencias y todos los hábitos de la dulce vida rústica, que habia sido la de sus primeros años. Empeñóse de nuevo con su joven compañera en escursiones al través de los campos: con los trabajos de la cosecha, los placeres y las lecturas del jardín y de la quinta, parecia haber olvidado para siempre las olas, y echar raíces por su ternura y ocupaciones campesinas en su tierra natal.

IX.

Esta dulce existencia solo fué interrumpida por la guerra de 1792 contra la Francia. El 12 de diciembre de dicho año, Nelson fué nombrado por el almirantazgo para el mando del *Agamenon*, navio de guerra destinado á formar parte de la escuadra del almirante Hooh en el Mediterráneo, en los momentos en que el Mediodía de la Francia entregaba Tolon á los ingleses para escapar con un crimen contra la patria á los crímenes del terror contra la humanidad, y mandó á Nelson que fuese á proteger con su presencia la corte y el puerto de Nápoles contra los insultos de las escuadras republicanas que amenazaban aquel reino aliado de Inglaterra.

Nelson entró como salvador en la rada de Nápoles: la corte lo acogió como la prenda de su seguridad. Lord Hamilton, embajador de Inglaterra en Nápoles, omnipotente cerca de aquella corte, á la que aseguraba la proteccion británica, recibió de manos de Nelson los despachos del almirante Hooh, y la noticia de la ocupacion naval de Tolon.

Aquel anciano, fanatizado de odio contra la república, y por el triunfo de su patria, dueña de entonces mas del arsenal marítimo de la Francia, recibió á Nelson como al salvador de la Europa. Exaltóse á su aspecto con un entusiasmo que le hacia sentir en aquel joven comodoro el vengador de los reyes, el azote de la revolucion y la gloria de las restauraciones monárquicas.

Dejando á Nelson en su gabinete, lord Hamilton corrió hácia la parte de su palacio habitado por la embajadora, y abordando á lady Hamilton con un rostro resplandeciente por alegres presagios: «Voy á presentaros, la dijo, un

pequeño oficial que no puede pretender el prestigio de la belleza, pero que un dia está destinado á admirar al mundo por su heroísmo y por sus victorias. Jamás, hasta ahora, prosiguió el anciano, he dado la hospitalidad de mi palacio á ningun oficial ni á ningun almirante de nuestras escuadras; pero me enorgullezco con abrir mi casa á Nelson: hazle preparar la habitacion que habia destinado al mismo hijo del rey de Inglaterra.»

La embajadora, prevenida así por su marido y mas apasionada aun que él, por los intereses de la corte de Nápoles, acogió á Nelson como á un hombre que queria conquistar á la causa de sus pasiones. Nelson habitó desde el primer dia el palacio de la embajadora, y el hijo de su esposa, abordo del *Agamenon* como aspirante de marina, fué acariciado por lady Hamilton, como una segunda madre.

X.

Así se formó por el curso de los sucesos y por la casualidad de las simpatías de un anciano, entre Nelson y lady Hamilton esa pasion que cual la de Cleopatra y Antonio, debia incendiar las costas del Mediterráneo, cambiar la faz del mundo, y arrastrar sucesivamente á la gloria, á la vergüenza y al crimen, al héroe caido en los lazos de la belleza.

Para comprender la vida y la pasion fatal de Nelson, es preciso bosquejar la vida y las aventuras de lady Hamilton, la *Aspasia* primero, y despues la *Herodiada* de su siglo, elevada por su maravillosa hermosura, por la fortuna y el amor desde la choza de su madre y de los lugares sospechosos de Londres, hasta la mano de uno de los lores mas opulentos de su patria, al rango de embajadora de Inglaterra, y á la intimidad apasionada de una reina, de quien era á un mismo tiempo protectora.

Estas subyugaciones son los milagros de la naturaleza; pero hay pocos comparables al imperio que lady Hamilton, la moderna *Teodora*, ejerció por medio de sus encantos.

SEGUNDA PARTE.

I.

El nombre de lady Hamilton era Emma, porque jamás pudo saberse quien era su madre. Hijos del amor, del vicio y del misterio,